XV

¿La noche nupcial? Fué todo lo que yo me había prometido, y me atrevo a decir que todo lo que nos habíamos prometido ella y yo, pues hubo en aquellas divinas horas tanta delicadeza de mi parte y de pudor en la suya, como pasión reardiente de ambas. Aquella noche fué sin par en mi vida, y respondo que también en la suya, en toda la suya. Fué seguida después de otras muchas noches, que constituyen, quizá, el mejor de mis recuerdos en este orden de sentimientos, pues yo he amado mucho en mi vida, ¿demasiado? ¡Pues no; decididamente, no! Y el amor, para que sea sabido, es, créaseme, y no se me censure, si no todo, ¡ah!, por lo menos casi todo, el móvil casi único de todas las acciones dignas de ese nombre, y no se me hable de otra cosa, ambición, lucro, gloria, a lo sumo, quizá, también del Arte, y todavía, todavía ¡el Arte, sin nada mas!...

Sea de ello lo que quiera, transcurrió una semana en la casa de la calle de Nicolet, y luego transcurrió otra, y después otra, y algunos días más en un piso que tomamos en la calle

del Cardenal Lemoine: unos quince días deliciosos, pueriles y graves a un tiempo, que habían de acabarse muy pronto. ¡Por cuántos años y por qué porvenir, Dios de venganza!

El 4 de septiembre estalló, como una bomba, a pesar de siniestras previsiones; pero es que la desgracia siempre sorprende. ¡Ay! Yo la acogí con un entusiasmo no culpable, pues tenía convicciones sinceras y tan desinteresadas y seguía siendo patriota, sí, patriota, y me sé de memoria todas las razones que hay en contra y que comprendo sin admitirlas; pero, es verdad, cuando recapacito en ello, ahora que ya no tengo más opiniones que las filosóficas, estaba mal eso de no ver a Francia en el desastre del imperio, sino únicamente a la República a aquella República que volvía del otro mundo, y venía ella también, cierto que sólo para defender a la patria en los furgones del extranjero, tan reprochados a aquella más que nada desgraciada y torpe, Restauración de 1815.

Mi mujer, *risum teneatis*, con dieciséis años de edad, toda para mí en adelante, y para su nene más todavía que para su juvenil amor, compartía mi, digámoslo así, casi impía alegría, y daba a la vez gusto y lástima, a causa precisamente de su simpatía, oírle decir con su voz de caricia pueril: "Ahora que lo tenemos en nuestro poder, todo se salvó, ¿no es cierto?

¿Pasará como en... como cuando...?" Quería decir en el noventa y dos. Yo le apuntaba la fecha de aquel "episodio que no había de renovarse", según la profecía del señor de Bismarck... En fin, que era bastante ridículo, y en el fondo triste, aquel alborear patriotero de eso que habíamos de llamar más tarde "fiebre obsidional". Pero también tenía yo en ello mi tanto de culpa, pues no debía haberle dedicado en la *Buena canción*, que acababa de ponerse a la venta sin demasiada ídem, como era natural en circunstancias semejantes, versos un poco inflados, cuarenta y ocho en lo que cabe y que yo admiraba mucho entonces.

Vivimos en tiempos infames,
En que el matrimonio de las almas
Ha de sellar la unión de los corazones.
En este siglo de espantosas borrascas,
No son demasiado dos ánimos
Para vivir bajo tales vencedores.

En un cuento largo titulado *Pedro Duchatelet*, he expuesto suficientemente, por entre un argumento violento y completamente fantástico adrede, esos infinitos pormenores nimios de mis comienzos en el matrimonio en tiempo de guerra. Ni que decir tiene que también yo caía en todos los tópicos del momento y que cuando

buena y gran parte de mis "colegas" de la prefectura del Sena se apresuraban a aprovecharse de las numerosas exenciones concedidas a todos los empleados del Estado y de la ciudad en lo referente al reclutamiento de los guardias nacionales de marcha y hasta de los otros, bando de los pantouffards, yo me apunté en el 160 batallón, la Rapée Bercy, que estaba acantonado entre Issy, Vanves y Montrouge. Cada dos días, armado de mi fusil de pistón, "con tabaquera", montaba guardias, ¡cuán inútiles! A lo primero era aquello verdaderamente encantador: verdaderamente, y no exagero lo más mínimo. En primer lugar, nos encontrábamos en ese delicioso mes de setiembre, de mañanas fresquitas y claras, tan preferidas de las personas madrugadoras, como siempre lo fuí yo; la marcha al paso, y el ejercicio, gimnásticas astringentes y aperitivas si las hay, etc., etc. ¡Qué novedades tan atrayentes! Cierto que esta medalla militar tenía su reverso, que era inmediatamente hablando —pero aquello entraba ya un poco en cierto modo, en nuestro plan "heroico", el de mi heroína de mujer y mío—; que era aquella separación de un día y una noche, pronto bien compensada, aparte todo, por una ración de "porciones dobles", caricias y besos, y también, también por las costumbres de jugar al hito, de vendedores de vino, de pipas que se riegan y de

diálogos... de soldadesca que cambia uno con los compañeros y luego se retiene en la memoria, tanto, tanto, que surgió nuestro primer disgusto. ¡Oh!, el primer disgusto en un matrimonio joven, ¡qué horror! Fecha memorable con frecuencia. Tal fué nuestro caso.

Surgió nuestro disgusto a propósito de un regreso del fuerte, tardío y de los más avinados o ajenjados. Mi mujer rompió en sollozos en cuanto me vió, y después en reproches... Pero también aquello era demasiado, y yo me enfadé a mi vez. Y muy alto. Al otro día, que lo era de oficina y de descanso relativo para mí, al volver a casa más temprano que de costumbre, terminado mi trabajo en el Ayuntamiento, no encontré en casa a mi mujer.

—La señora dijo al irse que volvería a la hora precisa de cenar; está en casa de sus padres.

Pero sus padres, por una extrategia, con el fin de evitar el bombardeo, habían dejado su casa en Montmartre y tomado un piso en el bulevar de San Germán. Después de todo, a dos pasos de nuestra casa. Sin detenerme, y un poco furioso en el fondo, en pensar a qué y por qué, cometí la torpeza de ir allá, no sin preguntar antes cuanto tiempo hacía que la señora había salido, Hacía poco. Pero ¿debemos fiar en las criadas, en las criadas jóvenes de las señoras jóvenes?... Apresurémonos a decir que encontré

allí a mi mujer y que ésta me acogió hasta con agrado sin duda alguna sincero; pero que en las disposiciones de espíritu en que yo me encontraba me pareció irónico, y por la noche, ya en nuestra casa, después de una comida quemada de carne de caballo y setas en conserva, sobrevinieron el segundo disgusto y... la primer bofetada. ¡Dios libre a ustedes de armar el primero y de dar la segunda!

Por la lógica misma y la ley moral, al par que física de la "velocidad adquirida", había de lamentar yo después amargamente mi doble iniciativa en aquel caso... de conciencia.